



Ana María García. “Las aguas poéticas de *Estrella de agua*”
Lima, 2007

Nuestra aproximación, lo entendemos así por el título del libro, que es también el título del primer poema que nos introduce en las aguas poéticas del libro, será desde una perspectiva ondulante, cíclica, profunda, vital. La poesía de Lady reunida en este libro es una poesía total, si así puede hablarse de ella. El leerla me ha permitido un ingreso repentino, placentero, armonioso, musical al mundo, siempre anhelado de la sensación pura y primera, pues ésta es quien nos espera radiante al final. Desasosegados por la razón, que llega a veces a ser infame en nuestro mundo artificial, desilusionados por el sentimiento y su irremediable fugacidad provocada también por ese tejido absurdo de tiempo y espacio cotidiano, el verso de Lady acude salvífico a la esencia, comprendida en los límites de la armonía y la lucidez de la sensación. Si la poesía pretende imágenes, si el hombre pretende revelaciones, éstas vienen por sí solas, puras o impuras, desnudas y vírgenes en cada uno de los poemas del libro.

Dividido sólo por el uso circunstancial y no por sus esencias, el libro ordena los poemas en cuatro partes. La primera de ellas ORAMOR consta de nueve poemas, la segunda HORAS-HISTORIAS NEGRAS, consta de trece poemas, la tercera OTREDAD, cinco poemas y por último OTRORA, también con cinco poemas. Son treinta y dos poemas reunidos en un libro bilingüe, español y francés.

El primer poema, de la primera parte del libro titulada ORAMOR, tiene un epígrafe de Vallejo que dice: “*Estoy cribando mis cariños más puros/ estoy plasmando tu fórmula de amor/para todos los huecos de este suelo.*”

Y menciono el epígrafe porque me parece esencial como referencia no sólo a este poema sino a todo el libro. En general, los epígrafes que acompañan a los poemas, ocho en total, cumplen la exacta función preparatoria alusiva y *condensatoria* en relación con el poema. En los primeros versos aparece ya la estrella como referente de un mundo hacia el que no cabe una perspectiva gnoseológica sino vital: “Para qué aprender a calcular las estrellas / el tamaño de su espacio, el tiempo de su resplandor?”

“*Un día la mujer entra al río y se moja*”. Allí empieza una relación con el río, un juego en el que la mujer es quien “A la hora blanca, (la mujer) riega/ con su seno/ la ribera”.

El hablante aparece en primera instancia como un hablante femenino y es desde esa instancia que nos revela su condición poética primigenia, no sólo en la confesión del género o en la perspectiva de abordaje de lo femenino, sino también la elocuencia de la creación, que como sabemos sólo es alcanzable en plenitud desde el espacio de lo femenino.

En el segundo poema de ORAMOR titulado “Otro aullido al silencio”, el agua sigue presente, aunque ya la voz poética no se expresa en tercera persona y adquiere una dimensión íntima e interpersonal, un juego de dos, donde los posesivos tú y mí que preceden al sustantivo “ola” y el verbo “encrespar” hacen suponer, a través de los sustantivos “aullido” y “horizonte”, una violenta intimidad que en los versos del siguiente y tercer poema “Otra primavera” son suavizados por la penúltima estrofa también en segunda persona “*Tú y yo/ un solo temblor/ de hojas.*”

Decir del amor sin mencionarlo, sabemos que es la más difícil de las empresas poéticas. Lady Rojas logra en sus poemas, hacernos vivir, paso a paso, sus escenas: el juego permanente entre la tercera, la segunda y la primera persona nos depara una instancia íntima y vivencial al lado de otra instancia paralela universal. En sus versos se abren y se cierran los portales del amor, su palabra, fina, lúcida, fluye y oscila entre los encuentros y los desencuentros entre las revelaciones y los secretos, entre las palmas abiertas y los puños endurecidos, entre las turbulencias y las paciencias del sentimiento amoroso.

La dimensión anímica que comprende el amor, se expande hacia una universalidad que se amplía en descripciones sutiles, ansiosas llamaradas, voces luminosas y voces que se confunden con el río, con el agua, con el susurro o con el temblor, el aullido, el silencio. Sin embargo, la ternura atraviesa el poemario del amor que culmina en el poema Mérida, Corazón mío y que lleva entre paréntesis la frase *El amor de dos pajaritos*.

Horas-Historias negras, la segunda sección del poemario, está compuesta por trece poemas. Nuevas imágenes y nueva presencia del agua, en este caso el mar, cercano y animado de “cabellera espumosa”, “única voz sorda”, el mar que “estalla” y muge como parte esencial del yo poético: “*Durante nueve meses me embarazas / en tus aguas / ocupas mis insomnios*”. Identidad permanente entre el yo poético y la naturaleza en todas sus formas, destaca, sin embargo, el elemento líquido, tal vez la más próxima metáfora del reducto amoroso, manso o siniestro, dulce o repentino, sutil o blasfemo, asunto impostergable, demencia irrenunciable, temporalidad. Si el amor o la búsqueda de la belleza nos reúne como seres humanos, la poesía como lenguaje nos devuelve al ritmo natural a la vez que transforma el amor en erotismo. Es uno de los logros de los grandes poetas como Lady Rojas. Más allá de la expresión subjetiva, el ritmo, el tono poético, la elección de las palabras, de las imágenes y metáforas, permite al lector una lujosa entrada al erotismo y también una vivencia real de la experiencia amorosa en plenitud no sólo a través de las voces yo-tú sino de todas las voces que conforman el poemario.

La tercera y la cuarta parte del libro, Otridad y Otrora, nos hablan del tiempo y la circunstancia. La nostalgia de las figuras familiares, siempre presente en sensibilidades capaces de enfrentarse a un todo universal para conciliarse después como criaturas, seres hechos y forjados en descendencias disímiles donde se conjugan en posteriores afirmaciones, las antítesis que hacen la vida. Elementos externos, pasos que no hemos dado y que sin embargo nos han venido conformando, elaborando en nosotros esencias que sólo alejamos en el verso que nos descarga de esa sombra patrimonial que acude cuando menos lo queremos a decirnos que estamos donde no sabemos que estamos. Vamos desdoblado en la lectura de la poesía de Lady ese doble ser que nos acosa en la temporalidad mientras buscamos desesperadamente la unidad, dispersa para siempre. Su *otriedad* (con las connotaciones de otro y de edad) es la paradoja de su propia esencia. Hay lejanía y proximidad, renuncia y aquiescencia, dolor y pasión, hay patria y universo, mujer y ser humano, recuerdos, retratos, huellas, vínculos y sobre ellos, la estrella, siempre posible de la poesía.